

Ciudad de México, 31 de agosto de 2022 (¿?)

Querida Ana Paula,

En los dédalos de fragmentos retentivos, la noche se aproxima como sueño. Ideo tus pensares de apariencia para someter a mis deseos lo indomable del sopor, subconsciente enardecido. Lesiones quemazón sobre superficie de mis ojos, cristal ardor, encapado de lágrimas.

Te preguntarás la razón de mi tristeza. No digo congoja porque me suena a instrumento étnico, perdido entre culturas innombrables. Una palabra verdaderamente espantosa. Lo primero que me aflige es mi maquinal cálculo mental, flemático. Estancado en la mediocridad, algo que francamente me apena. Tanto posma en la facultad, para acabar siendo uno más. Espero progresar y doctorar el futuro. De mi otra miseria ya hablamos, y me recuerda a lo que me pasó el otro día, algo rarísimo. Por ahora la economía absorbe mis capacidades creativas, he pausado *Gang of Birds*, mi *Legendarium* y la edición del primer Mendoza. *El Sonido del Reloj* me parecía buen título en la secundaria, pero vaticino un impacto inicial chafota si se mantiene. Yerro cuya creativa solución me elude.

Por estar pensando en mi título y mi otro título, acabé en Etiopía. Venía de una fiesta distraído, y me fui para el otro lado, que caray. Eso me pasa por meterme al último vagón. Total, que me bajo y de la penumbra sensorial enmascarada por mi agobio inamovible, una sensación inaudita, inverosímil. El vacío omnímodo, absoluto. La estación se encontraba totalmente desierta. Te imaginarás paranoia de mi parte, y eso es, pienso yo, entendible. Pero te juro que la sensación era rarísima. Lo normal es que en cuartos vacíos es que uno asga una banal certeza, la existencia de seres circundantes. En ese ahora ni las más sutiles respiraciones llegaban como ondas sonoras remotas a mi aterrado oído. Algo imposible en CDMX. Returbio.

Paredes sangre en cuadriláteros, ladrillos desespero. Avancé por el pasillo cándido, albo luminoso, aura religiosa. A más progreso, más espanto. Sempiterna caminata, un pasadizo interminable. Medio siglo en recorrer el espacio de la loseta gris como idea. El pisoteo de fósiles en matices. Llegué, finalmente, a la típica dicotomía de las estaciones de metro. Dos escaleras perpendiculares. De un lado dirección *Tlön*, y del otro a

*Trapatiesta*. Gravité hacia el segundo, espejo de mi psique descrita bajo los límites de la lengua, la lógica de Wittgenstein.

Subí las escaleras y esperé al vagón. Algo me impedía irme corriendo o sacar el celular para ver en donde estaba. El esotérico salto metafísico me intrigaba. De todas formas, no hubiera sabido volver. El metro tardó en llegar, pero llegó. De barruntos anormales no había rastro, y al treparme, la urdimbre de estaciones se enseñaba: Línea 13. Anonadado quedé, porque eso no existe. Estrambótiquestaciones incluso: *Heresiarcas*, *Transmisiones militares* (?), *Le pays des Éléphants*, *Sucursal del Manicomio*, *Trasfrontera Bekenstein*, *Giorgio de Chirico*, *Hercólubus*, *Sociedad Numismática*, *Ecúmene*, etc..

En la puerta de al lado se subió un maloliente, el Perro. El Perro se sienta y me dice que, si soy de fuera, y le digo fuera de qué, y él dice pues fuera de aquí, entonces le dije que sí. Me invitó un churro de aluminio, malísimo. Y que me dice el Perro que aquí se paga con dientes. Y yo de que como que con dientes. Pinche Perro no le entendí ni madres, pero luego vi que traía un collar con dientes y dije puta madre ya me los va a transar, hijo de perra. Nombre no, dice, pensando mi lectura. Nomás no sonrías. Chale, y ahora qué hago.

Pues hay cosas dice. Vete a la biblioteca. Y le hice caso, porque el mapa eran marañas, barahúnda babélica. No pues dónde Perro. Aquí, aquí, del acceso que hay allá a la Biblioteca. Y pues que me salgo rápido, que se cerraban las puertas, casi me estrujan los sesos. Me empezó a preocupar no volver a verte, enajenado en este quimérico mundo. Pero tu pensar me dio valentía. Volteé a ver y sobre el techo del tren un Rataman, avanzando con el movimiento. Escogí seguir con mi camino, y la única salida era una cascada de lluvia que caía de abajo hacia arriba. Me introduje en el flujo de contrarios. Después de un rato salí.

Me encontraba en un baño, frente a mí, una puerta con un hoyo gigante en medio, frente a ella, unas pinturas flácidas se estaban secando, colgadas por pinzas sobre una cuerda colgante. Saqué mis pies del inodoro y salí, haciéndome paso por la tela mojada. La biblioteca era gigante. Al subir arriba en pleonasma, asaz volúmenes y tomos, libros por doquier en despilfarro. En el mostrador me atendió el cefalóforo, San Dionisio de París. Me

dijo que tenía todos los libros. Que se te aparece lo que busques y deseos. Hojeé varias cosas, pero vi de reojo un volumen del amor, con forma corazón. Busqué nuestros nombres. Leí nuestro destino, y te pido perdón. Me arrepentí al instante, clamor de contrición afrodisíaca.

Salí de la biblioteca hacia las afueras, pero en el frontispicio al acceso, un abismo, despeñadero como banqueta, escabel sin complejos de enanismo. Por suerte, el Perro se acercaba a cortos pasos, pases de pericia, pasas como ojos injusticia. Me dio un abrigo raído, porque termometrábamos frías brisas. Le conté lo que nos pasó, y me dice que para olvidar tenía que ir al Trapatiesta. Al instante: lluvia torrencial. Una voz recóndita anunció que el metro estaba inoperante. Solo podía llegar en camión. Cuando se inundó la ciudad, nos fuimos nadando al paradero.

El Perro se despidió por segunda vez. Esperé a que llegara mi ruta. Verde y blanco con tintes grises, una máquina preciosa. El camionero era Caratrapo, que como imaginarás, tenía cara de trapo. Yo era el único en el vehículo. Esperamos a más entes y vidas, pero nadie llegó. Caratrapo arrancó el fantasmicro. En realidad, no esperamos nada; expongo ante ti la impresión de notorios constructos humanos. Caratrapo decía que el tiempo es inservible y que él no le entra a eso. Que le da miedo. Anacronismos, anacrónicos anacromicros, a nacos: micros. No eso ya es clasista le digo. Se pasa de lanza el Caratrapo. Venía bien erizo, pero se calmó y puso unas microcumbias del espanto. Me costó ver el camino, cinemática indefinida del espacio abstracto. Inefables direcciones. Alcancé a mirar a la pobre de Atalanta, atascada en el camino por culpa de Zeno. Pasamos otro micro, morado y con un chavo vomitando dentro. Tenebrosón.

Mi vista en nictalopía, pero las estrellas se movían, bailaban en el óleo cósmico, radiantes de luz y no había quien para no verlas. Timo Timoteo volando en aviones de papel. A más paradas, más personas, y acabamos como cubos compactos enlatados cual sardinas. Convenientemente todos convergieron en el mercado. Trapatiesta llevaba un nombre apropiado, los designios del acaso

De vampiros a cometas, búhos y hombres fruta, ojos dildo y ojos teta, gobernados por el Ángel de la Independencia. Pasillos anchos para miles de millares de habitantes en ajetreo, de tañido algarabía. Nunca he sabido describir ningún mercado, algo irónico, pues mi Mendoza

empieza allí. Tal vez por eso no he avanzado. Este era inefable. Espero siga siendo. Había cosas irreales a la venta, y ver algo normal entre el vulgo y la materia era una anomalía. Mi ser en sosiego, impasible entre imposibles. Vi a المسيح الدجال en el quiosco principal, al este, preparando sus discursos decepción, ilusorio fermentado. Remedios Varo y sus violines corazón. Salvador Dalí conversaba con un nahual, druidas barbasblanca me ofrecían pócimas maravillosas. Me atrajeron estampas de mariposas, volando en desarreglo, arcoíris de aleteos. Una naranja de monarca se posó sobre las yemas de mis dedos, susurrándome misterios. De la nada, me cayó la ley. Súbito trastazo, punzadas por mi espalda.

Me encontré esposado, acusado de robo por uno de los vendedores. Me cae que le entró la pálida. Yo juraba y perjuraba que no había hecho nada, y que la mariposa vino a mí. Para resolver mi inocencia, los puercos aceptaron meterme a una pelea de box 2D. Dada la situación, yo iba horrorizado, y con solo dos dimensiones, mis movimientos se veían limitados; solo podía avanzar o retroceder, agacharme o inclinarme hacia atrás. Mi oponente era el Ahuízotl. Como le iba a ganar a esa monstruosidad, qué espanto. Era como un coyote mamadísimo, de piel espina, con manos y pies de chango, en su cola una garrota. Garrota que de inmediato fue a por mí yugular, pero la esquivé de forma magistral. Le doy unos toques para medir al oponente. Y que le suelto tremendo puñal al cuerpo, impresionante. Soltó unos gritos horribles, que ahora solo puedo olvidar. Sobres, que le tuve que dar en la madre al monstruoso. El nocaut llegó en el sexto asalto, un uppercut vicioso. Le alcancé a sacar un colmillo, y cuando cayó la bestia, lo embolsé discretamente. Pero la neta si acabé bien madreando, todo lleno de moretones. Quería que me hicieras cariñitos.

Total, que volvió la chota. Estás perverso mi chavo. Al chile si le digo. Pues ya estás libre mi chavo. Órele mi chavo. Hasta luego mi chavo. Salí libre, alivianado del pecho, megadañado por el resto, dolores danzando dentro mi cuerpo. Me mandaron al hostel cercano a que me diera un baño, y estuve un rato en el cuarto 202 de Tanning.

Ya en la calle, un aleteo familiar. La mariposa estamposa había vuelto. Envuelta en llamas, un exhalo de mis letras devolviera su reinado, naranja soberano. Hasta entonces, se apagó en soledad. Cayó en mi bolsillo, inerte protector, un escudo de energía ante infortunio inesperado. Se llama Amuleto.

Entre puestos y changarros, por fin me encontré al Terapeuta de Magritte. Le conté sobre tu amor, mis placeres y mi angustia. Me dijo lo que tú me dices, vivir en el presente, construyendo un futuro que en manifiestos se parece a la bondad, los deseos de nuestras almas. Al pagarle con los dientes de la bestia, me dio las pastillas, y una de las palomas de su jaula voló a la libertad. Por fin podía olvidar. Salí, brincando en suspiros. Aproveché para unirme al bailongo naciente, en el patio principal con los vecinos entusiasmo.

Supe que era hora de volver cuando me encontré en el claro de la luna, bailando con tu sombra. Te di un beso en la frente y me encaminé a volver a nuestro mundo del amor. Para regresarme solo estaba el cablebús, pero no llegaba la cabina. Me agarré a la cuerda de metales y avancé con mis manos tirolesa. La gradación de la angustia, el vacío a mis pies. Cuando llegué, el metro estaba atascado. Me regresé a Etiopía, y me despedí del león antropomórfico que guardaba la ontología de lo que acaece en su detrás. En la otra ciudad. Línea 3. Pumabus. Llamada.

No te imaginas lo feliz que fui al escuchar tu voz. Al sentir tu amor. Tu eres lo real. Y me aferré a tu ideal en mi cabeza hasta volver a besarte, a tocarte, a mirarte, unos días después. En los dédalos de fragmentos retentivos, la noche se aproxima como sueño. Ideo tus pensares de apariencia para someter a mis deseos lo indomable del sopor, subconsciente enardecido. No recuerdo si quise olvidar porque nuestro destino acaba mal, o porque viviremos cosas tan bellas que no quiero conocerlas sin ti. Te amo. Confío en nuestro destino y nuestro futuro juntos. Ya quiero vivir a tu lado, cada día más bello si amanezco cerca de tu ser. Te amo bb. Se que fue real porque Amuleto seguía en mi pantalón. Te lo adjunto junto a la carta de amor que te prometió la fortuna.

Te amo con locura,  
intensiva sinigual.

Victor Ortega